

## ARRIBA EL TELÓN

*José Díaz García*

La habitación de Sara no era como las demás. La primera vez que entré en ella, pensé que víctima de algún extraño bucle espacio-temporal había sido transportado al camerino de un viejo teatro. Pero no, al parecer ella misma, al principio, cuando todavía mantenía la capacidad de hacerlo, se había encargado de convertirla en una especie de santuario plagado de recuerdos de su vida. Desde luego, no era la única que lo había hecho, casi todas las habitaciones de los internos estaban adornadas con fotografías u objetos que rememoraban sus vidas o sus seres queridos, pero Sara había convertido la suya en un pequeño museo teatral. Decenas de fotos, recortes de prensa, carteles con estrenos de diferentes obras en las que ella había intervenido, complementos de vestuario,... Un sinfín de elementos variopintos que dejaban claro algo que pronto me confirmaría el personal del centro, Sara Sánchez había sido una conocida actriz de teatro desde los años 50 hasta finales de los 80, momento en el que su enfermedad la había obligado primero a bajarse de los escenarios y pocos años después a requerir los cuidados de terceros para sobrevivir. De tanto entrar en su habitación cada mañana, pronto pude dibujar en mi mente cómo debía haber sido su existencia a través de la infinidad de cosas que la llenaban. Tras asistirle en su aseo diario y controlar su temperatura y constantes vitales, seleccionaba una pared o una estantería y la analizaba con calma, tratando de adentrarme en la historia de su vida. Ella no se inmutaba, ni siquiera se percataba de que uno de aquellos individuos vestidos de blanco permanecía en la habitación. Así fue durante muchos días de la primavera de 1996, hasta que uno de ellos, algo cambió. No sé qué me llevó a hacerlo, pero la cosa es que cogí un elegante sombrero negro flanqueado por una banda blanca que había colgado en la esquina superior del tocador, me lo puse, encendí un panel de luces blancas que circundaba el espejo de su habitación y observé mi reflejo en él:

- ¡El caballero oscuro vuelve a escena! Después de años escondido entre las sombras, regresa para rescatar a la dama blanca de bello rostro.

Improvise aquellas palabras espontáneamente asociando mi aspecto al de uno de los actores de un cartel que estaba en la pared frente a Sara, un tal Juan Calderón: *Esta noche, gran*

*estreno*, –podía leerse con grandes letras en su parte superior-, “*El caballero oscuro y la dama blanca*”.

Una risa que en un primer momento no identifiqué, me devolvió a la realidad, al asaltarme la sensación de que había sido pillado in fraganti haciendo un espantoso ridículo. Miré hacia la puerta avergonzado, pero no había nadie, así que muy despacio giré la cabeza hacia la posición de Sara.

- No es posible –me dije.

Casi me da un pasmo, la buena de Sara, en cuyo rostro se había dibujado al fin una mueca alegre de gran expresividad,... ¡se estaba riendo! La observé atónito durante unos instantes, lo mismo que a pesar de mi incredulidad ella hacía conmigo. Me miraba al tiempo que intentaba alzar los brazos con notoria dificultad aunque en actitud de aplaudir, o al menos de intentarlo. Salí corriendo hacia el control de enfermería:

- ¡Eh, venid, deprisa, tenéis que ver esto! – grité a las tres compañeras que se encontraban allí, incluida la doctora Cardoso, encargada de pasar visita a los internos.

- Pero, ¿qué es lo que pasa? –me interrogaron sorprendidos.

- Vamos, seguidme y lo veréis con vuestros propios ojos.

Así lo hicieron y salieron detrás de mí por el pasillo hasta su habitación. Alertada por mis gritos, se unió también Estela, la chica de la limpieza, que en ese momento se encontraba en la habitación contigua a la de Sara. Abrí la puerta y entré seguido por el personal de la planta.

- Mirad esto, no es... - me quedé mudo.

- Bueno, Mario, ¿y bien?

La sonrisa de Sara, que yacía en la cama inmóvil e impertérrita, se había esfumado de su rostro, al igual que su mirada, perdida de nuevo y sin expresión alguna.

- Veréis, no os lo vais a creer, pero antes se estaba riendo e incluso trataba de mover los brazos para aplaudir. Me miraba muy contenta porque cogí eso- les expliqué señalando el sombrero del suelo- me lo puse, y entonces...

No continué, porque todos me miraban como si estuvieran escuchando a un charlatán o a un loco y mis palabras fueran lo más inverosímil que hubiesen escuchado jamás.

- Mario, no digas tonterías. Llevas aquí el tiempo suficiente para que no sea necesario recordarte que en los últimos dos años Sara ni siquiera ha mirado a nadie a la cara, no ha hecho ni una mueca en todo este tiempo, y los brazos solo los mueve con ayuda –me explicó Ángeles, la enfermera del turno de mañanas.

No hubo manera de hacerles entrar en razón. Esa tarde regresé a casa con una desapacible sensación de frustración y sin dejar de darle vueltas a lo que había vivido. El Alzheimer es un asesino silencioso y sin escrúpulos que va mermando primero las capacidades intelectuales de la persona, para poco a poco afectar también a las físicas, hasta terminar por convertir a sus víctimas casi en vegetales incapacitados para valerse por sí mismos. Por último, el corazón deja también de responder y sobreviene la muerte. Al parecer, la memoria, los recuerdos y las capacidades asertivas de Sara habían desaparecido para siempre. Esa era al menos la valoración médica que constaba en su historia clínica, pero algo no encajaba, algo que se le escapaba a todo el mundo. No conseguía olvidar aquella mirada suya clavada en mí, chispeando vida e ilusión, aunque solo fuese durante unos instantes. Nadie me creía, pero estaba decidido a demostrarles que no había sido una alucinación.

No fue nada fácil. Yo era un alumno de segundo curso de enfermería, de prácticas durante un par de meses en aquel geriátrico para internos dependientes. Ni siquiera me conocían lo suficiente como para dar credibilidad a mis palabras, así que por más que me doliera, hasta entendía sus dudas. Eso por un lado, y por otro estaba el hecho de que al parecer, Sara no tenía pensado volver a hacer ninguna demostración como la de aquella mañana. Me cansé de bailar, posar y hacer el tonto delante de ella en los días siguientes, sin conseguir siquiera un atisbo de sonrisa en su rostro. Pero, ¿qué podía haberle provocado aquel día semejante reacción? ¿Acaso había sido una alucinación mía? Me negaba a aceptarlo, así que cada vez

que tenía un hueco libre en las ajetreadas mañanas de la residencia, me escapaba a la habitación de Sara para investigar entre sus cosas buscando algo, ignoraba qué, que arrojara algo de luz sobre el misterio de su increíble despertar. El sombrero parecía la clave, pues verme con él había provocado su respuesta. Quien lo llevaba, Juan Calderón, debía haber sido un actor de teatro en los años 50, igual que ella. Se trataba de un hombre moreno, alto y bien parecido, con un gran bigote negro cuyos extremos estaban cuidadosamente peinados en punta hacia arriba. La habitación estaba, como les había contado, atestada de fotografías y recortes de periódico, así que me llevó tiempo, pero al fin encontré un artículo del ABC con una foto en blanco y negro de un grupo de personas, entre ellos, como pude constatar, los protagonistas de la obra con Juan en el centro, que tenía cogida de la mano a una mujer morena, y cerca de él aunque no al lado, otra mujer rubia, de enigmáticos ojos claros, ¡Sara! A pesar del tiempo pasado y de la enfermedad que padecía, aún podían adivinarse en su rostro los rasgos estilizados y simétricos de la hermosa actriz de la foto en la que curiosamente era ella la única que no estaba pendiente del fotógrafo, sino del protagonista de la obra. Le dirigía una mirada entre ilusionada y nostálgica. Tuvo que haber algo entre ellos, eso pensé al tiempo que observaba de nuevo el cartel de la obra, colocado en la pared justo enfrente de Sara. Entonces, me di cuenta de que no era cierto que sus ojos no estuvieran posados en ningún lado. Sí lo estaban. En el cartel. Un extraño impulso me hizo acercarme de nuevo a él para retirar el celofán de los bordes, y separarlo un poco de la pared. ¡Bingo! Pude ver como a medida que lo separaba del muro, iban apareciendo palabras escritas en su dorso. Con una ansiedad repentina y fulgurante terminé de levantarlo arriesgándome a que se rompiera, para al fin leer el mensaje completo:

*Tu fuego jamás se apagará dentro de mí.*

Y firmaba a continuación:

*Juan.*

Bajo esas palabras, un gran corazón, que como la dedicatoria, parecía haber sido pintado de rojo carmín, ocupaba casi todo el espacio en blanco que quedaba.

¡Vaya con la parejita!

Aquella secreta confesión de amor y pasión me arrancó una sonrisa de esperanza. Empezaba a ver la luz al final de aquel túnel de incompreensión en el que ya me encontraba inmerso sin remedio. Observé un momento a Sara antes de volver a pegar el cartel en la pared:

- ¿Qué fue lo que pasó entre vosotros, Sara? ¿Te enamoraste, verdad?

Por supuesto no me contestó, su mente seguía vagando inerte por Dios sabe dónde.

Humedecí con una gasa y agua sus labios resecaos.

- Ojalá pudieras contármelo...

Solo un par de días después, dejó de tragar, no había forma de que ingiriese ni siquiera líquidos, por eso la doctora Cardoso decidió que se le colocara una sonda nasogástrica.

- Lo más probable es que haya perdido definitivamente el reflejo de deglución -comentó mientras escribía la orden de tratamiento en su historia.

Yo mismo pedí que me dejaran hacerlo, sentía que tenía una especie de deuda con ella y haría lo posible por saldarla. Me había dado una buena pista, así que dependía de mí y solo de mí, desentrañar el misterio. El hombre del sombrero negro y la obra de teatro que habían protagonizado, tenían que ser las claves de su reacción aquella mañana increíble. Estaba seguro. Por suerte en otro de los recortes de la pared encontré al día siguiente lo que confirmaba mi teoría:

*“La obra, y sobre todo su primer acto, durante el cual el protagonista abandona a hurtadillas la cama de su amante, y delante del espejo se acicala y se coloca el sombrero, antes de abandonar la habitación para reunirse con su esposa, ha levantado la polémica en la ciudad un día después de su estreno”.*

Pudiera ser que el cerebro de Sara se hubiera visto reanimado como lo hizo la mañana de lo que yo llamé su despertar, alentado por el recuerdo de aquella función y del protagonista masculino con quien apostarí que mantuvo un romance, o una historia de amor imposible, porque también descubrí que la mujer que acompañaba a Juan Calderón en la foto era su

esposa.

Con todos los datos de los que disponía, ideé un plan, como último intento de provocar en Sara un nuevo despertar.

Esa misma tarde, ya en casa, busqué en Internet información sobre Juan Calderón. Encontré algunas cosas interesantes sobre su trayectoria profesional, y sobre su vida. Lo mejor de todo fue enterarme de que residía en nuestra misma ciudad. Hacía poco le habían puesto su nombre a una calle de su barrio natal, al que al parecer había vuelto tras jubilarse. Decidí desplazarme hasta el lugar para preguntar por él. Tuve suerte, y un quiosquero que resultó conocerlo, me contó que era viudo y que vivía con su hija muy cerca de donde nos encontrábamos. Fui a la casa que me indicó. Me recibió Inma, su hija, muy sorprendida. En un principio se mostró reacia a que hablara con él, pero tras mucho insistir, al final accedió. Juan era de la edad de Sara, algo más de 80 años, pero sus facultades mentales se mantenían indemnes, le hablé de ella y por su gesto me di cuenta de que la recordaba. A continuación le expuse mi plan, que consistía en que actuase otra vez, interpretando tan solo una parte de la pequeña escena inicial de “El caballero oscuro y la dama blanca”.

- Ya ve, señor Calderón, algo muy sencillo y que podría ser muy importante para una persona a la que no le quedan demasiadas esperanzas –concluí.
- Lo siento, chico, yo ya no estoy para esas cosas. ¿Por qué no nos dejas en paz a ella y a mí y haces tu vida? Y ahora, por favor, quisiera descansar.

Ya me había girado en ademán de irme, cuando decidí hacer un último intento y meterle un poco de presión. No tenía nada que perder y quizás en cambio, mucho que ganar. Al menos eso pensaba:

- Entonces le mintió usted –le acusé.
- ¿Qué? – me respondió Juan sorprendido.
- He dicho que le mintió a Sara; “tu fuego dentro de mí, jamás se apagará”, eso le escribieron, lo recuerda, ¿verdad?

No me contestó esta vez, se me quedó mirando unos segundos pero no abrió la boca. Terminé por marcharme con la sensación de haber fracasado.

Dos días más tarde, mientras repartía medicación en la planta, Ángeles me salió al paso:

- Alguien pregunta por ti, Mario –me dijo señalando el control de enfermería.

Un anciano vestido de impoluto traje negro, con un gran ramo de rosas blancas en las manos, esperaba allí. Me acerqué a él sonriendo sin decir nada.

- Hace años que no actúo. Así que no sé cómo saldrá –me aclaró.

- Estoy seguro de que será un éxito, señor Calderón.

Luego dirigió la mirada a las rosas y continuó:

- Todavía lo conserva entonces.... El día que le escribí esas palabras por la parte de atrás, también le di un ramo de rosas blancas. Fue la última vez que...

- No hace falta que me lo cuente, de verdad. Es algo suyo y de ella. Estoy convencido de que le encantará volver a verle.

Me costó Dios y ayuda convencer a todos para que asistieran al estreno, cuyo escenario improvisado no podía ser otro que la habitación de Sara. Al fin logré que metieran dentro las sillas y se sentaran a esperar la entrada de Juan. Yo estaba emocionado y muy excitado por lo que pudiera ocurrir, aunque temía un nuevo fracaso que dejara mi ya mermada credibilidad de nuevo en entredicho. Tomé asiento junto a los demás, respiré hondo y en el momento oportuno grité:

- ¡Adelante, Juan!

El veterano actor entró tranquilo y seguro. Sin mirar a sus espectadores, se acercó a la cama de Sara, la besó en la mejilla y dejó las rosas a su lado en la cama, a continuación se levantó y se dirigió al espejo con la misma calma con la que había entrado, como exigía el guion. Entonces ocurrió. Sara, para sorpresa de todos, giró un poco la cabeza hacia él. Vi el gesto de sorpresa de la doctora Cardoso, que dejó caer al suelo el fonendo, por la impresión:

- Perdón... -susurró.

Mientras Juan, cuyo rostro había recuperado el brillo de antaño, se mesaba el bigote ante el espejo, se ajustaba la corbata y se colocaba el sombrero, una sonrisa empezó a dibujarse en el rostro de Sara. Juan miró hacia ella y la saludó cortésmente con una inclinación de cabeza acompañada de un toque con los dedos índice y pulgar en el ala de su sombrero. La sonrisa de Sara se transformó en risa y una vez más, con visible dificultad, levantó las manos intentando aplaudir. Juan abandonó entonces la habitación y cerró la puerta tras de sí. Fin del primer acto. Abajo el telón.

Sara continuaba con lo que cada vez se parecía más a un aplauso, al que todos nos unimos cuando el actor volvió a la habitación para saludarnos con una reverencia acompasada y formal. La escena había sido increíble y muy emotiva, no pude evitar que se me escaparan las lágrimas. El anciano regresó junto a Sara, se sentó a su lado en la cama y nos miró. No fue difícil interpretar su petición callada, así que nos pusimos de pie, abandonamos la habitación y los dejamos a solas. No íbamos a inmiscuirnos en la magia de una historia que habían mantenido en secreto durante décadas.

- Doctora Cardoso.... ¿salimos?

Tuve que alentarla a acompañarnos porque permanecía muda y absorta a la escena sin moverse de su asiento, casi diría de su localidad.

- ¡Oh!, sí, sí, claro...vámonos...

No sé lo que pasó dentro, ni lo que él le dijo, o si ella fue capaz de decirle algo a él, pero lo que sí podría asegurar es que Sara de algún modo, se sintió agradecida de lo que hicimos. Lo sé. Pude leerlo en sus ojos los días siguientes, a pesar de su aparente inexpresividad. Aquellos dos meses acompañándola cada mañana me ayudaron, eso creo, a interpretar su silencio y a percibir pequeños mensajes cifrados en lo profundo del gastado azul de su mirada. No hubo nuevos despertares, ni volvió a reaccionar ante estímulo alguno, entró en coma una semana después y murió tranquila y en paz en su templo particular al cabo de otra semana. La encontramos una mañana de aquel intenso abril, con la cabeza ladeada hacia el jarrón de las rosas blancas y el brazo estirado hasta casi rozarlo con la punta de los



dedos. Las flores estaban tan misteriosamente llenas de vida como el primer día.

En cuanto a mí, han pasado casi veinte años desde entonces, y en la actualidad ejerzo mi profesión de enfermero en la Unidad de Psiquiatría de un gran hospital en el que de vez en cuando algunos de los pacientes que ingresan, hacen que Sara Sánchez vuelva a mi memoria. Hasta en los más afectados, en aquellos que permanecen callados e inmóviles, aparentemente inertes, busco siempre una luz en el fondo de sus ojos que me dé alguna pista sobre el paradero de sus pensamientos, para que si la fortuna así lo quiere, y alcanzo a descubrirlo, pueda ayudarles a sonreír al menos una vez más, antes de que se baje el telón.

(A todos los profesionales de la salud que saben ver más allá de la enfermedad)